Destos casos bien se puede colegir que obraba Dios en estas gentes, lo mismo que prometió a sus apóstoles cuando enviándolos a predicar por el mundo les dijo que bautizasen las gentes en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo, y haciendo estas cosas de expreso mandato de Dios, lo confirmaba no sólo con palabras suyas, sino con milagros y maravillas que seguían a la predicación y bautismo, como dice San Marcos:[3] Porque se conociese y conozca que estas cosas no son invenciones de los hombres, sino misterios divinos obrados de la mano poderosa de Dios a quien sea la gloria por todo.

CAPÍTULO VI. *Del fervor de la gente de algunos pueblos de tierra caliente, y de la grande multitud de gente que se iba bautizando*

EL MONASTERIO DE QUAUHNAHUAC, que fue el quinto donde se pusieron frailes, salieron a visitar por la comarca, que es la que agora llaman Marquesado, en tierra caliente, y hallaron la gente en tan buena disposición y aparejo para ser cristianos, como en los otros pueblos que arriba se ha hecho mención, especialmente en los que llaman Yacapichtla y Huaxtepec, por el ayuda y favor que tuvieron de los indios principales que los gobernaban, por ser indios quitados de vicios, mayormente del general que reina en los naturales desta tierra y les es más nocivo y dañoso, que es de la embriaguez, como raíz y causa de otros muchos. Estos indios gobernadores que digo no bebían vino, y los que entre ellos hallaban desta calidad eran (y lo son agora) más hombres y viven más virtuosamente que los otros.

Dada vuelta por aquella comarca, volvieron los frailes por otra banda a lo que llaman Cohuixco y Tasco, donde agora son las minas llamadas deste nombre, tierra más baja y más caliente, donde entonces había mucha gente y agora bien poca. Fueron muy bien recebidos y muchos niños bautizados, e iglesias señaladas y comenzadas a edificar. Y como no pudiesen andar por todos los pueblos, o por ser muchos o por inconvenientes que se ofrecían, cuando sucedía que uno estaba cerca de otro, iban del pueblo menor al mayor para oír la palabra de Dios, y para ser enseñados en la doctrina, y para bautizar sus niños, que era lo que todos apetecían y deseaban. Cuando estos apostólicos varones salieron a esta visita era el tiempo de aguas que en esta tierra (como en otra parte decimos) comienzan por abril y mayo, y cesan por fin de septiembre o principio de octubre; y aconteció, que habiendo de venir de un pueblo a otro, donde había un arroyo en medio que los dividía, llovió tanto aquella noche que venía un arroyo hecho un gran río, y como por la mañana venía la gente del otro pueblo, hallóse aislada y detenida de aquella parte y aguardaron allí todos hasta que en el pueblo mayor se acabó el sermón y la misa y el bautismo de los

[3] Marc. 16.

niños, aunque algunos dellos pasaron a nado y fueron a rogar a los frailes que les fuesen a decir algo de Dios a los que estaban de la otra parte del arroyo. Cuando los frailes fueron hallaron junta la gente, y llegáronse donde más se estrechaba el río, y los indios de la una parte y los religiosos de la otra. El predicador les predicó y consoló, pero no quisieron irse de allí sin que primero les bautizasen sus hijos; para lo cual hicieron una pobre y pequeña balsa de cañas que en los grandes ríos suelen armar sobre unas calabazas grandes con que acostumbran pasar a los españoles y a todos los caminantes, yendo delante guiando la balsa dos o tres indios nadadores, y otros tantos detrás ayudando a los que la llevan, aunque yo he pasado un río harto grande, y de mucho hondo, con solo un indio que la llevaba y con toda seguridad; en una de éstas pasaron los religiosos, aunque con trabajo, por ser flaca y de pocas calabazas la balsa, y casi fueron medio en brazos y medio por agua, para que les bautizasen los niños, y bautizados los volvieron a su puesto.

Era mucho de ver cómo aquellas gentes venían a oír la palabra de Dios, a ejemplo de los que en otro tiempo salían el desierto[1] y ribera del Jordán a oír la palabra del divino precursor San Juan Bautista, y a ser de él bautizado, aunque con esta diferencia, que los que bautizaba el Bautista era en el nombre del que había de venir, y así los enviaba a Cristo, para que por él o por sus discípulos, que fueron los que ejercitaron este sacramento, fuesen bautizados; pero estos indios llevaban el bautismo en estas riberas y otros lugares, donde salían a recebirle en nombre de la Santísima Trinidad y confesión del hijo que ya ha venido, cuya gracia recebían en él. De esta manera venían muy muchos, ya no como solían en solos los domingos y fiestas que para esto principalmente las estaban señaladas, mas cada día niños y adultos, sanos y enfermos, no sólo de los pueblos y provincias adonde residían los frailes, mas también de todas las comarcanas; y cuando iban visitando en las iglesias (que ya en muchas partes estaban levantadas) se iba mucha gente a bautizar, y de las estancias y casas salían otros muchos e iban en seguimiento de los frailes por los caminos, con los niños y enfermos a cuestas, y entre ellos viejos decrépitos. Los maridos bautizados llevaban a sus mujeres al bautismo, y las mujeres bautizadas a los maridos. Otros cojos, ciegos y mudos, padeciendo grande trabajo y hambre (por ser comúnmente toda elle gente muy pobre) iban clamando por el bautismo y ya que algunos, no con lengua por ser mudos, a lo menos con señas demonstrativas de su fe y devoción. Quien estas cosas mirare con ojos claros de la fe y con celo y amor della, y con pecho cristiano las considerare, verá como a la letra se cumplió el santo evangelio en estos indios, que con ser débiles y cojos y desechados, los compele Dios a entrar en su cena que para los escogidos tiene aparejada, dejando fuera de ella a muchos de los que habían sido combinados; porque excusándose con el cuidado y codicia de las cosas de la tierra, se hicieron indignos de aquella mesa soberana, abundosa en celestiales manjares.

[1] Math. 3. Ioan. 3.

Eran tantos los que en aquellos tiempos venían al bautismo que a los ministros que bautizaban muchas veces les acontecía no poder alzar el brazo con que ejercitaban aquel ministerio; y aunque mudaban o trocaban las manos y brazos ambos se les cansaban; porque a un solo sacerdote sucedía bautizar en un día cuatro y cinco y seis mil adultos y niños. En la ciudad de Xuchimilco bautizaron en un día, dos sacerdotes, más de quince mil, el uno de ellos ayudó a tiempos y a tiempos descansó; y este que hacía intercadencias y suspensiones bautizó poco más de cinco mil; el otro, que siempre continuó el ministerio sin interpolación y sin pararse, manteniendo tela al acto del sacramento y priesa con que venían los nuevos convertidos a recebirle, bautizó más de diez mil por cuenta. Y porque eran muchos los que buscaban y pedían el bautismo, visitaban y bautizaban en un día la gente de tres y cuatro pueblos y a las veces más, y hacían el oficio de el bautismo muchas veces al día. Y de aquí es (como lo afirma el padre fray Toribio) que estos ministros evangélicos traían las manos con muchos callos, de la frecuencia del jarro o vaso con que hacían la efusión y derramamiento del agua sobre los bautizados; que a los que no saben de la frecuencia de este ministerio les parecerá cosa increíble. Bien parecen cavadores de la viña del Señor estos benditos ministros, pues los callos que se hacen en las manos de los peones, que cavan en las viñas, del curso y ejercicio de la azada, se hallan en ellas de la frecuencia y continuación del vaso o vasijas con que ejercitaban este misterio del santo bautismo; y son dignos de este nombre de obreros y peones del Señor. De aquéllos quiero decir que el padre celestial de la familia universal de la iglesia, llamó a la hora de prima para el trabajo y los hizo trabajar todo el día hasta la puesta del sol de su vida, para darles el jornal de la bienaventuranza por ello.

CAPÍTULO VII. *De los estorbos que el demonio procuró poner para la ejecución del bautismo en aquel tiempo, con diversidad de opiniones que hubo entre los ministros*

ON LA CONCORDIA (dijo Salustio)[1] las cosas pequeñas crecen, y con la discordia las muy crecidas y grandes se disminuyen, apocan y arruinan. Porque como la discordia es hija de varios intentos y pareceres, mientras crecen ellos y prevalecen, es fuerza que se debilite y enflaquezca la cosa de que nació la discordia. Pero la concordia, lo muy diviso y apartado lo junta y congrega. Y por esto dijo el *Eclesiástico*,[2] que de tres cosas que le agradaban y daban placer, era una la concordia entre los hermanos; por cuanto si entre ellos falta, no hay fuego que tanto abrase, ni llama que tanto encienda los corazones. Ésta quiso excusar el santo patriarca Abraham, cuando desaviniéndose sus pastores con los de su sobrino

[1] Salust. in Iug.
[2] Eccles. 25.